

FILOSOFÍA, LA LOCA DE LA CASA

José Antonio de la Rubia Guijarro

Jean-François Braunstein, *La filosofía se ha vuelto loca*, Un ensayo políticamente incorrecto, Ed. Ariel, Barcelona 2019.

Los filósofos siempre nos estamos quejando. Vivimos en un estado de paranoia permanente, pensando que los malvados quieren acabar con el pensamiento crítico para poder sojuzgar tranquilamente a la humanidad. Se diría que la desconfianza está en nuestra naturaleza, de hecho fuimos nosotros quienes inventamos la metodología de la sospecha. Siempre somos más listos que los demás, nos damos cuenta de lo que hay detrás cuando todo el mundo está ciego, así que mientras la gente sólo ve un virus nosotros captamos con nuestros sentidos arácnidos conspiraciones de los gobiernos sometidos al capital y a la industria farmacéutica. ¡Intenten superar el legendario artículo de Giorgio Agamben sobre el covid! Ah, pero nosotros despertamos conciencias dormidas (*woke!*). Salimos a volar cuando las personas normales ya están en pleno sueño. Por eso nos la tienen jurada.

¿Y si las cosas no fueran como creemos? ¿Y si la filosofía, más que estar perseguida por su carácter emancipador, fuera en realidad un fenómeno triunfante que impregna absolutamente la sociedad de una forma ineludible? ¿Y si todas las ideologías, las opiniones, los prejuicios, los estados mentales, las conversaciones de la opinión pública, los valores que se transmiten en los medios de comunicación, la acción política, la publicidad, las leyes... fueran manifestaciones de una actividad filosófica laboriosa, constante y utilizada hasta la saciedad por todos los actores sociales?

¿Y SI LA FILOSOFÍA FUERA, EN REALIDAD, DAÑINA?

Si hiciéramos, a la manera posmoderna, una arqueología o genealogía de las ideas nefastas que, a lo largo de la historia, han arruinado la vida de millones de seres humanos, tal vez descubriríamos sorprendidos que todas proceden de textos e ideas filosóficas. Por contra, la televisión, los videojuegos, las redes sociales, el *reggaeton* o los porros no han matado nunca a nadie. Se han escrito ríos de tinta sobre la violencia generada por el fanatismo religioso o político o machista pero se ha hablado muy poco del fanatismo racional. Si sólo nos centráramos en los millones de muertos que han generado los regímenes totalitarios como el nazismo o el comunismo no nos sería difícil localizar sus fuentes filosóficas. Eso no quiere decir que la filosofía no tenga su lado bueno, claro está. Lo que quizá no hemos asumido es que la racionalidad que caracteriza a la filosofía es una dimensión normativa, es decir, alberga también la incorrección y el equívoco. Algunas veces la razón nos salva pero otras veces no nos libra del disparate. El disparate es incorrecto pero es racional. Antes al menos nos quedaba el recurso del sentido común, confiábamos en él a la manera cartesiana aunque sabíamos positivamente que el sueño de la razón producía monstruos. Pero...

¿Y SI LA FILOSOFÍA SE HUBIERA VUELTO LOCA?

Si usted, lector, es de los que piensan que la mayor amenaza actual a la civilización es la extrema derecha y *Vox* permítame decirle que está muy pero que muy equivocado. En otro lugar hemos desarrollado más estas ideasⁱ pero ahora nos basta con decir que esa extrema derecha que tanto miedo da es en realidad un epifenómeno reactivo, una manifestación superficial y populista de otro fenómeno más profundo y destructivo cual es la implosión de las ideologías izquierdistas en el mundo. La izquierda domina el imaginario occidental, la educación, los medios de comunicación, las

redes sociales pero, sobre todo, es la que ha fijado el discurso emancipador durante dos siglos. Para luchar por la utopía hay que ser de izquierdas. Pero esa izquierda, como ha explicado muy bien Félix Ovejeroⁱⁱ, está sometida a una deriva reaccionaria. El discurso más o menos tópico para explicar esto consiste en sostener que, abandonada la marxista lucha de clases, la izquierda se ha metamorfoseado en políticas identitarias (mujeres, minorías raciales, LGTB+...), ecologismo, feminismo e ideología de género, guerras culturales, corrección política, teoría *queer*, culturas de la cancelación, etc. En la mentalidad izquierdista, todas esas nuevas causas son realmente la misma causa y a ellas se dedica con ahínco e ignorando las contradicciones (como, por ejemplo, la oposición entre el feminismo clásico y la teoría *queer* que se manifiesta en la lucha de las feministas *terf* contra el activismo «trans», de lo que hablaremos luego). Desacreditado el marxismo, se han buscado nuevas fuentes filosóficas en corrientes como el «postestructuralismo» o *French Theory* (Foucault, Derrida, Deleuze, Baudrillard...), el psicoanálisis lacaniano, el marxismo cultural de la Escuela de Frankfurt o versos sueltos como Antonio Gramsci. Sería erróneo decir que la izquierda se ha vuelto posmoderna. Siempre fue algo parecido. Pero hoy la utopía comunista ha sido sustituida por la corrección política.

Pese a que ha recibido bastantes críticas parece que vamos a tener que soportar a la susodicha corrección política por mucho tiempo. La corrección política es, por un lado, el *mainstream* moral de una sociedad del espectáculo en la que «visibilizar» es el equivalente a hacer justicia. Pero, por otro lado, es uno de los pilares de la antropología marxista/freudiana, según la cual los seres humanos estamos sometidos a una falsa conciencia ideológica e inconsciente donde estarían todos los sesgos o prejuicios de clase, género, raza, etc. Así, la ideología es un lenguaje no percibido que se manifiesta en el lenguaje explícito, pero dejando al margen la racionalidad, la intencionalidad o cualquier otro tipo de pragmática lingüística. Nosotros no somos conscientes de ser machistas o racistas pero la hermenéutica feminista o «antifa» revela nuestra

auténtica condición mediante la metodología de la sospecha deconstructivista. Buena parte de lo que los cursis llaman «la conversación social» gira hoy en torno a esa metodología. Jamás habríamos supuesto que una abstrusa tendencia filosófica iba a tener tal calado sociopolítico.

El libro que queremos recomendar, *La filosofía se ha vuelto loca*, de Jean François Braunstein, es algo más que una denuncia provocadora de la corrección política. Es el levantamiento de acta del abandono de la más elemental racionalidad y sentido común por parte de determinados autores y tendencias filosóficas (aunque algunos, como Peter Singer, aparecen profusamente quizá porque su nivel de estupidez es multifactorial). Ya no estamos hablando de filósofos que presentan tesis y argumentos radicales que se pueden discutir. Nuestro tema es cómo la reflexión filosófica lleva a algunos filósofos como Singer a defender el infanticidio y a la ciberfeminista Donna Haraway a compartir sororidad con su perra dándole besos con lengua, se supone que con su consentimiento. O sea, la locura. El libro se centra en tres temas, los tres de rabiosa actualidad y los tres causas destacadas del pensamiento izquierdista posmoderno (o quizá «podemita» ya que en este libro parece que se analiza la agenda legislativa de *Unidas Podemos*): La teoría *queer* («El género y la negación del cuerpo»), los desvaríos del animalismo ecologista («El animal y el olvido del hombre») y la relativización de la muerte en la eutanasia («La eutanasia y la banalización de la muerte»). Con los tres temas se hace genealogía, es decir, se presentan los orígenes del problema (especialmente en el caso del género) pero, sobre todo, se analizan las posiciones filosóficas que llevan a los autores a defender tesis sencillamente aberrantes. Pero lo más sorprendente es que esos filósofos defienden la locura en nombre de la emancipación, el progreso y la utopía social. Vamos, que son todos de izquierdas.

PERO ¿ES QUE NADIE PIENSA EN LOS NIÑOS?

Ese es el problema, que se piensa en ellos pero para eliminarlos. Los problemas bioéticos como el aborto o la eutanasia son de una complejidad monumental y, probablemente, no tengan una solución estrictamente moral, aunque muchas veces sea necesario darles una siempre insatisfactoria salida jurídica. Lo que se está poniendo en juego en ellos afecta a temas transcendentales como la definición de ser humano, la vida y la muerte. Esos problemas complejos se banalizan cuando se introducen en la esfera pública, donde habitan la opinión pública y la política. Se banalizan porque se ideologizan y se introducen en la agencia emancipatoria y en la lucha progresista por los derechos sin darse cuenta de las consecuencias a las que nos puede llevar un argumento incorrecto. El caso de la eutanasia es uno de esos apabullantes problemas sin salida cuya complejidad se disuelve cuando se establece que estamos hablando del «derecho a una muerte digna». Si ustedes ponen alguna objeción al discurso dominante serán presentados inmediatamente como reaccionarios que discriminan a quienes luchan por un derecho. Esa es la razón de que en España se haya aprobado una ley de eutanasia sin apenas debate. Porque somos todos progresistas.

En el caso del aborto, el consenso ha sido menor y la polémica ha sido más enconada pero también más matizada. Pero lo que nos interesa aquí es señalar cómo filósofos como Peter Singer se dedican a dar vueltas por la caverna una vez rotas todas las cadenas y así se defiende el infanticidio bajo el concepto de «aborto postnatal». Defender el infanticidio o la zoofilia son, por así decir, consecuencias conceptuales de la relativización de los conceptos. Pero esa relativización es una característica necesariamente moderna, ese es el problema. Desde el instante en que «vida» no es un concepto absoluto y se distingue entre «vidas que merecen ser vividas» y las que no, la deducción sale sola. Del mismo modo ocurre con el aborto y la gestación subrogada, otra de las insufribles contradicciones del feminismo. El disparate animalista, por su parte, no hace sino

descomponer el propio concepto de «ser humano», otro de los campos de batalla de Peter Singer. De acuerdo, la naturaleza humana siempre fue difícil de establecer, y en esas estamos. Pero si vamos a ampliar los círculos que engloban a lo humano hemos de apechugar con determinadas consecuencias, por ejemplo, que lo humano se descomponga y que lo animal se humanice. De ahí a la nueva ley «podemita» en la que se considera a los animales miembros legales de la familia sólo hay una elemental pendiente resbaladiza. Ah, y lo de Haraway.

Tomando como referencia a Michel Houellebecq, Braunstein se plantea si una humanidad cansada no estará cavando su propia fosa y será la primera especie que se autoextinga. Para colmo, muchos ya están hablando de «transhumanismo» cuando ni siquiera sabemos lo que es el humanismo. El trasfondo de la tesis de Braunstein es que no es progresista ni liberador destruir las delimitaciones de lo humano, las definiciones del sexo o cuerpo o la diferencia entre el humano y el animal. No se trata de convertir al hombre en algo sagrado sino de percibir que la supuesta liberación de las categorías cerradas y «binarias» tiene como consecuencia lógica que ya no hay categorías y que por tanto, efectivamente, todo vale. Amputología, zoofilia o eugenesia son, por ejemplo, fenómenos que no hay ninguna razón para rechazar si previamente hemos asumido que no hay ninguna categoría que se pueda cerrar y que todas se pueden abrir.

Pero uno de los temas de candente actualidad al que nos ha llevado la locura de la filosofía es la teoría *queer*, el activismo «trans» y la «ideología de género». La causa de los individuos «trans», a los que ya parece que hay que denominar sólo con la preposición, es la consolidación del posmodernismo más radical ya que supone la absolutización de la subjetividad. La trampa para aceptar esta ideología está, naturalmente, en la política o en la malintencionada confusión entre el plano onto-epistemológico y el ético-político. Alguien ha llamado a esto el «burrovuelismo». Supongamos que yo digo «los burros vuelan». El lector puede

refutarme fácilmente diciendo que es falso, miento o estoy bromeando. Pero si digo que la tesis de que los burros vuelan forma parte de mi identidad y si me niegas el derecho a autodeterminar mi identidad me estás discriminando, entonces el lector se lo pensará dos veces antes de decir que los burros van a cuatro patas. Mejor estar callado.

Para las almas bellas progresistas, la causa «trans», la autodeterminación de género, se ha convertido en la última gran lucha por los derechos. Su transfondo teórico es la «teoría queer» cuyo padrino es Michel Foucaultⁱⁱⁱ. En la enésima versión del debate entre «naturaleza» y «cultura», que arranca de la vieja sofística, el posmodernismo ha optado de forma categórica por lo segundo, gastando de tanto usarlo el concepto de «construcción social». Aplicando a la controversia la típica dicotomía entre lo innato y lo aprendido nos sale un esquema que diferencia el «sexo» (biología) y el «género» (cultura). Braunstein hace una genealogía del concepto de género en el sentido histórico, explicándonos la historia del psicólogo norteamericano John Money, pionero y divulgador del concepto en los años sesenta y setenta del siglo pasado. La historia de Money que cuenta Braunstein es sencillamente terrorífica. Para Money, un conductista, no existe nada biológico ni natural en la identidad de género. Sin más matices, uno es lo que la educación, el ambiente, el contexto social deciden que sea. Hasta aquí, nada diferente de la vieja *tabla rasa* empirista, es decir, una muy respetable y añeja hipótesis filosófica que ha sido convenientemente pulverizada en tiempos recientes por Stephen Pinker^{iv}. El problema es que John Money pretendió demostrar la hipótesis en el cuerpo de David Reimer. David era un niño que, en una operación de fimosis, perdió parte del pene por un desgraciado accidente con el bisturí. Pues bien, Money vio la oportunidad de confirmar sus tesis constructivistas y convenció a los padres de que la solución al problema de David era *convertirlo en una niña*. Sí, han leído bien. Durante años, el chico fue sometido a un programa de condicionamiento brutal que incluía terapia, medicación y todo tipo de estimulaciones (como, por ejemplo, ver porno). No haremos

spoiler, lea el lector a Braunstein para terminar la historia de *Joan*, que así es como la rebautizó Money.

Money empezó a usar la terminología de género en 1955 en el marco de investigaciones sobre hermafroditismo. A él debemos también la hoy en día manoseada terminología sobre «roles de género». Era una constructivista social radical y despreciaba el cuerpo y cualquier cosa que sonase a «naturaleza» o «biología». Según Braunstein, si había un conflicto entre el cuerpo y la mente, para Money no cabía duda sobre qué hay que transformar o destruir. Así dice a propósito de las terapias con pacientes de lo que la visión patológica llamaría «disforia de género»: «Más que cuestionar las creencias de esos pacientes e intentar adaptarlos a sus cuerpos, Money y los suyos harán la hipótesis inversa, a saber, que es más cómodo transformar el cuerpo de manera que se corresponda con la identidad» (pag. 34). No obstante, la visión antropológica de Money aún se movería en lo que antiguamente se denominaría «transexualismo» o, sencillamente, «cambio de sexo», una opción terapéutica estrictamente binaria (los hombres se transforman en mujeres y las mujeres en hombres) que nunca ha sido problemática y se ha realizado durante décadas sin ningún problema. Pero comparado con lo que vino después, Money parece un forfofo de *HazteOír*.

Lo que vino después fueron, por ejemplo, las tesis de la bióloga Anne Fausto-Sterling, a las que Braunstein dedica un capítulo. La doctora Fausto realiza una vuelta de tuerca en las tesis sobre el género. Ya no es sólo que haya una distinción sexo/género y que este último sea la idea prevalente, es sencillamente que el sexo biológico depende del género; es el sexo lo que en primer lugar es construido socialmente. Así, los militantes del género cuestionan a la biología por «esencialista», represora, «binaria» y «virilista» (pág. 51). Estas ideas sólo fueron antecedentes del advenimiento de la gran estrella de la «teoría *queer*» y verdadera profeta del género: Judith Butler. No vamos a exponer en detalle la visión de Butler de la teoría *queer*, entre otras razones porque nuestra filósofa

es famosa por su estilo ininteligible. Quizá haya construido ese carácter inspirada por su maestro Foucault del que toma, sobre todo, la idea de que «[e]l sexo no es un hecho anatómico, sino un «hecho» creado por el discurso» (pág. 58). El discurso y los poderes, naturalmente. Braunstein define la teoría de Butler como una *gnosis* contemporánea (aunque también se podría traer a colación a órficos, pitagóricos o platónicos). La idea básica es que el cuerpo es una cárcel para el espíritu. Para Butler y los trans, el cuerpo no tiene ninguna realidad más allá de las relaciones de poder establecidas por los discursos. Pero, como dice Braunstein, «[s]i se admitiera que los cuerpos y los sexos poseen una existencia objetiva, entonces se irían a paseo todas las teorías de Butler» (pág. 57). Braunstein sostiene que toda la filosofía de Butler manifiesta una hostilidad radical hacia el cuerpo. Pero con Butler y el activismo trans que inspiró, el propio concepto de «género» también estalla. La identidad de género no está determinada por una ontología natural. Dicho de otra forma, el género y las identidades que se construyen en torno a él no están determinadas por la biología, el viejo sexo era «binario» pero la identidad de género es «fluida». Había dos sexos pero géneros hay, potencialmente, infinitos. Infinitos no estables^v.

La teoría *queer* ha convertido en un derecho la «autodeterminación de género». Desde mi punto de vista, creo que rechazamos la biología porque estamos haciendo política («autodeterminación» es un concepto típicamente político). Ya no se trata de ayudar a personas que son infelices porque experimentan una ruptura entre su subjetividad y su corporalidad. Personas a las que, por supuesto, queremos ayudar y no discriminar. Incluso estamos dispuestos a admitir que no padecen ninguna enfermedad ni trastorno. Se trata de destruir el sistema sexo/género, no hay hombres ni mujeres, la teoría *queer* es una ideología que se aplica a todas las personas, humanas o no humanas. Su ámbito no es una minoría sino toda la sociedad. Mucho cuidado con lo que decimos sobre los burros.

Teoría *queer* e ideología de género se han convertido en ideologías de Estado en un tiempo muy breve. Piénsese, por comparar, que la lucha feminista tiene un par de siglos. El activismo trans participa en el gobierno del país y dentro de no mucho tiempo estará en la legislación. O sea, el sistema. Esta rapidez ha provocado que dicho activismo trans siga operando en modo reivindicativo, realizando manifestaciones, «escraches» y cancelaciones contra los *outsiders* que no comparten sus tesis filosóficas. Ocupado el poder, ahora se trata de eliminar la disidencia.

Es una esperpéntica ironía de la historia que la principal fuerza que se opone a las tesis de lo *queer* sea el feminismo. Las feministas se quejan de que con la desaparición de los sexos ya no existen las mujeres, que son «borradas». Las mujeres son suplantadas por individuos que no han sufrido el patriarcado, ya no son mujeres sino «personas que menstruan». Y, naturalmente, se ha considerado al movimiento trans como una sutil e inescrutable estrategia de un patriarcado que no descansa. Claro que si no hay mujeres tampoco hay feminismo. En realidad, la causa trans es un calco de la feminista, en cuyo seno fue incubada a través de una alianza estratégica entre el feminismo y el movimiento homosexual, que alumbró a un nuevo enemigo: el «heteropatriarcado». No encontraremos una sola mujer trans que no se defina como feminista. Al sobredimensionar el constructivismo social, el feminismo abre la puerta a todo tipo de constructivistas y los trans lo son en grado superlativo. Por imitar a sus madrinas feministas, los trans han asumido hasta la práctica de la reforma del lenguaje para hacerlo «inclusivo», creando un simpático genérico terminado en «e» para representar a lo «no binario». Como si para reconocer la dignidad de las personas y no discriminar a nadie tuviéramos que hablar esperanto o *klingon*.

Leamos a Braunstein y hagamos, si es preciso, antifilosofía cuerda antes que filosofía loca.

Notas

ⁱJosé Antonio de la Rubia Guijarro, «Antifascismo, el nuevo fascismo», *El Asterisco* (<https://www.elasterisco.es/antifascismo/#.Ye2o-N-YV7g>).

ⁱⁱFélix Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Página Indómita, Barcelona 2018.

ⁱⁱⁱTamsin Spargo, *Foucault y la teoría queer*, Ed, Gedisa, Barcelona 2013.

^{iv}Steven Pinker, *La tabla rasa, La negación moderna de la naturaleza humana*, Ed. Paidós, Barcelona 2003.

^vPara analizar el feminismo y el movimiento trans el autor imprescindible que no podemos dejar de recomendar es Pablo de Lora, especialmente en sus obras *Lo sexual es político (y jurídico)*, Alianza Editorial, Madrid 2019, y *El laberinto del género*, Alianza Editorial, Madrid 2021).